

Hermano François

# Creo, ayuda a mi poca fe

Creo, Señor, ayuda a mi poca fe

¿Cómo puede la Biblia hablar en un lugar de una « plenitud de fe » (Hebreos 10, 22), es decir, de una plena conciencia de la fe, y en otro texto de una « fe como un grano de mostaza » (Lucas 17, 6), la más pequeña de las semillas? ¿Cómo comprender la relación entre estas dos afirmaciones, cómo situar ambas en lo concreto de nuestra vida? El padre del muchacho epiléptico se atrevió a decirle a Jesús, en una sola frase, con toda

la fuerza que confiere la angustia: « creo, Señor, ayuda a mi poca fe » (Marcos 9, 24).

La fe puede ser percibida como una realidad austera. A menudo decimos que “la fe sola” debe bastar. Insistimos así en el despojo: el que cree debe contentarse con no tener nada más, con no recibir ninguna prueba, con no haber visto, con no saber, incluso con no comprender, con no sentir nada. Sin embargo, ¿acaso hay algo que determine tanto nuestra vida como esa fe, en apariencia tan austera? Nada ha influido tan profundamente las decisiones de una vida ni sostenido la continuidad de esa vida como ese poco de fe que apenas es nada. Sin miedo a equivocarnos, podemos decir que la fe lo es *todo* en nuestra vida y, en el otro extremo, podemos decir con el mismo derecho que no es *casi nada*. Imposible mostrar lo que es en sí misma. No la poseo, no me pertenece. La duda la sigue de cerca, le pisa los talones, como tan bien lo expresó, en su ruego, el padre del muchacho epiléptico.

Así pues, la duda, ¿es como el gusano que se encuentra ya dentro de la fruta y que terminará por hacer que se pudra y caiga a tierra? No necesariamente. Si la duda es siempre posible, es porque Dios no quiere forzar nada en nosotros y porque respeta hasta el extremo la libertad de nuestro corazón. Estaríamos tentados de decir que esto se debe a que Dios confía en nosotros y desea con nosotros una relación donde absolutamente nada sea forzado. La duda puede volverse peligrosa: bajo

ella se abre un abismo. Pero jamás podemos tratarla como un elemento extraño o falso. Está ahí porque hay fe.

Es cierto que en la situación en la que vivimos actualmente la presencia de la duda se hace más insistente que nunca. En otros tiempos podíamos creer junto con toda una comunidad creyente, sostenidos como estábamos por un amplio sector social, ya fuera la parroquia o la Iglesia en su totalidad. Hoy, incluso aunque nos apoyemos de igual modo en la fe de otros testigos, el sostén social ya no funciona de la misma manera. La fe se ha convertido en algo más personal. A menudo nos distingue de los más cercanos. Y, al convertirse en una elección personal, se vuelve inevitablemente más frágil.

Además, la ciencia moderna tiene la tendencia a confinar la fe en una esfera estrictamente interior. Incluso sin pretenderlo directamente, corre el riesgo de afectarla en su misma naturaleza, puesto que la fe en Cristo se inscribe siempre en la Historia, y nos abre a una misión en esta tierra. Relegando la fe al ámbito de lo interior, las ciencias exactas – pero también las ciencias humanas, como la psicología – podrían hacerla todavía más frágil, puesto que le quitarían su impacto sobre la vida concreta, la desvincularían de la Historia. Llegados a este punto también la duda se vuelve más insistente. Sin embargo, no deberíamos quejarnos de esta situación, pues hace que la verdadera naturaleza de la fe se manifieste incluso con mayor claridad.

## El movimiento hacia Jesús

Con razón se ha dicho una y otra vez que, en el Nuevo Testamento, creer no consiste ante todo en tener por ciertas o aceptar verdades difíciles de comprender. Tampoco se presenta la fe como ese aguante cargado de perseverancia que caracterizó a miles de judíos de los tiempos de Jesús, cuando las promesas de Dios tardaban tanto en cumplirse.

Se podría decir que, en el Nuevo Testamento, la fe aparece antes que nada bajo la forma de un movimiento y consiste en un paso, el de « venir a Jesús ». Quizás podríamos incluso decir que, antes que un « movimiento hacia », la fe es, más fundamentalmente, una sed, un deseo: « Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba el que crea en mí » (Juan 7, 37). Si en este texto san Juan hace el paralelismo entre « venir a » y « creer en » (cf. 6, 35), al mismo tiempo sabe que ese « venir a Jesús » depende en el fondo de una secreta atracción que el Padre ha ejercido ya sobre el corazón (cfr. 6,44)

En primer lugar, la fe no concierne entonces a ciertas verdades o promesas para el futuro, ni siquiera a iluminaciones sobre la existencia de un Dios trascendente. Comienza por un « ir hacia » en dirección a la persona de Jesús, y ese « ir » nace a menudo de una sed. Secretamente el corazón ya ha sido trabajado. Ya se siente atraído

hacia. Con la encarnación, con la presencia de Jesús en tanto que ser humano, la fe toma ante todo una forma extremadamente sencilla: un deseo puede contener en sí mismo el comienzo de la fe; un movimiento significa ya el comienzo de un camino.

En numerosos lugares del Cuarto Evangelio podemos seguir ese caminar. El capítulo 9 cuenta la curación de un ciego de nacimiento. Al principio, éste último sabe tan sólo que ha sido curado por « ese hombre que se llama Jesús » (v. 11). Más adelante afirma ya que « es un profeta » (v. 17). Ante la contestación, da todavía un paso más: para él no puede tratarse sino de un hombre de Dios, puesto que, de no venir de Dios, no podría haber hecho nada (v. 31 y 33). Para terminar, cuando se encuentra de nuevo con Jesús y descubre en él al Hijo del Hombre, se postra en tierra y dice « Creo » (v. 35-38) ¡Qué camino recorrido! En principio, vagas nociones; a continuación, una apertura hacia el misterio y, por fin, un gesto de adoración. Él, que no podía ver nada, ha sido curado de tal manera que el hecho de no ver ya no cuenta. La luz se ha hecho interior, y esa luz le basta.

En el capítulo 20 se trazan también otros muchos caminos. Pedro y Juan corrieron hacia el sepulcro. Lo descubrieron vacío, y las telas correctamente dobladas. Del discípulo amado dice el Evangelio que « vio y creyó » (v. 8). No se especifica qué es lo que creyó. ¿Acaso tenía un

presentimiento? A María de Magdala le fue concedido ver al Resucitado. Le reconoció cuando él la llamó por su nombre (v. 16). La tarde del mismo día los apóstoles pudieron igualmente ver a Jesús. Verificaron las marcas de la Pasión. Pero fue soplando sobre ellos, insuflándoles su propia vida, que Jesús puso la fe en su interior (v. 20 y 22). El camino de este capítulo culmina en Tomás. Éste no podía creer, pero en presencia de Jesús quedó abrumado, seguramente porque las marcas de la Pasión estaban ante sus ojos, pero probablemente también, si no más, porque se dio cuenta de que Jesús había leído lo que había en su corazón. Cuando Tomás dice « Señor mío y Dios mío » la última palabra, de nuevo, evoca la adoración (v. 27-28).

Cada uno puede quedarse con uno u otro elemento de estos itinerarios. Lo más sorprendente, a mi parecer, es, por una parte, que empiezan con muy poco y, por otra, que a lo largo del camino Cristo está mucho más presente de lo que podría suponer aquel que le busca. También de nosotros podemos decir: nos pusimos en marcha sin casi nada y a medida que avanzábamos nos dimos cuenta de que aquel hacia el que íbamos ya nos conocía. Una atracción que emanaba de él nos precedía. La fe no es del orden de cosas que puedan medir, puesto que no consiste sólo en un « movimiento hacia ». Es ya, en sí misma, presencia de aquel hacia quien se va.

## Cristo en nosotros por la fe

Cuando Jesús ya no se encuentra físicamente en medio de los suyos, el movimiento hacia él ya no se expresa por un desplazamiento – un ir hacia y un seguir–, como era el caso antes de la resurrección. El que cree en él todavía debe dar un paso, pero éste consiste en abandonarse en él, entregarse y dejarle un lugar. La paradoja de la fe se vuelve entonces más evidente: la fe casi no es nada, pero es lo que cuenta, más que cualquier otra cosa. Consiste en abrirle constantemente la puerta de nuestro corazón, a pesar de saber que él ya está en el interior. ¿Hay algo más pobre, más gratuito que eso: abrir la puerta a alguien que ya está dentro? Cristo me habita, no como un extraño que quisiera suplantarme. Está ahí como aquel que me ama, el que se ha puesto en mi lugar, el que en su amor es, en lo más profundo de mi ser, más yo que yo mismo. No obstante, está en mi mano abrirle la puerta constantemente, puesto que entre él y yo todo se vuelve personal, nada puede hacerse sin mí, automáticamente. Todo es del orden de una relación viva.

San Pablo lo expresa con gran sutileza: « No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne (en la condición débil y mortal) la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí » (Gálatas 2, 20) Cristo está presente, puesto que

nos hemos dado a él habiendo creído en él: ya no soy yo quien vive, sino él quien habita en mí. Sin embargo, en tanto que estamos en esta vida, sólo podemos vivir esto en la fe, volviéndonos constantemente a él, abandonándonos en él, abriéndole nuestro corazón.

También en este sentido podemos comprender a San Juan, cuando describe la fe como «la victoria sobre el mundo» (1 Juan 5, 4) San Juan no quiere sugerir que debiéramos exagerar nuestra fe hasta el punto de que el mundo ya no tenga ningún dominio sobre nosotros o no pueda seducirnos. No, más bien nos recuerda que, viniendo a la fe, hemos dejado a Cristo entrar en nuestra vida y así ha sido desenmascarado en nosotros el mundo, junto con todo lo que quiere hacernos creer. A partir de ahora mantenemos la puerta de nuestro corazón abierta a Cristo, él que «en nosotros es más que el que está en el mundo» (1 Juan 4, 4). Desde ese momento podemos decir que él es nuestra fe.

San Pablo utiliza una expresión curiosa, «la fe de Cristo» (por ejemplo en Filipenses 3, 9). No se trata solamente de una fe *hacia* Cristo o de una fe *en* él, en el sentido de un reconocimiento de aquello que Cristo es, o de un abandono y una confianza en él. Hay más: la fe viene de él, como un don, es la fe de Cristo y yo la recibo como aquello mediante lo cual me une a él y me hace vivir como él. De nuevo, mi parte en la fe no parece casi nada. Y sin embargo, todo me es dado con la fe. Ese «casi nada» determina toda mi manera de ser.

## ¿Quién eres tú ?

Llegados a este punto de mi reflexión, me detendré primero en dos preguntas que se encuentran en los Evangelios: una que se le hace a Jesús, y otra con la que él nos interroga.

En primer lugar, la que la gente le hizo a Jesús: «¿Quién eres tú?» (Juan 8, 25)

Crear es difícil. Forma parte de la naturaleza misma de la fe. Porque creer nos expone a lo que no puede ser probado. En la medida en que la fe es auténtica, siempre habrá en ella una fragilidad, fragilidad que, diríamos, es inherente a ella. Sin embargo, la dificultad de creer también se debe a la identidad de ese Jesús en el que creo. Yo querría preguntarle: «¿Quién eres tú?». Si bien es cierto que la fe es en sí misma frágil, el interrogante nace en última instancia de tu persona, Señor Jesús. Así pues, ¿quién eres tú?

Si hubieras sido una gran figura religiosa, podría admirarte y tomar tu vida y tus enseñanzas como norma de vida. Pero me quedaría a cierta distancia, no creería en ti. A fuerza de evocarte desde el interior, podría hacerte cercano a mí, pero seguiría quedándome corto, no me abandonaría. Quizás incluso tendría la sensación de no haber comprendido quién eres.

Pero tú fuiste muy diferente a las grandes figuras religiosas de la humanidad. Es cierto que fuiste muy religioso: los evangelistas cuentan cómo reza-

bas. Pero incluso en ese punto eres bien distinto. Tu vida se parece muy poco a un ascenso. En nada te revelas como una excepción genial de la humanidad. Ascesis, meditación, lucha, sufrimiento, no sirvieron para hacerte alcanzar un estado superior de experiencia. El movimiento de tu vida es otro. No una lenta conquista, una dura iniciación, un progresivo perfeccionamiento. A pesar de vivir las etapas de un crecimiento humano, eres un ser que vive como un don, desde el principio. En ti, todo se encuentra ya en aquello que te ha sido dado ser, en tu naturaleza.

Lo que dices de Dios no da la impresión de que lo hayas descubierto al final de un largo camino. Hablas de ello como si todo fuera evidente. Hasta el punto de que sabes hablar de él de manera que incluso un niño puede comprender. Y cuando hablas de amar a los enemigos – verdad que representa la clave de toda existencia humana sobre la tierra, verdad última más allá de la cual no hay que buscar otra más profunda –, lo enuncias no como el fruto de una búsqueda laboriosa, sino como una evidencia que se te ha dado junto con aquello que eres. No necesitas justificar esa llamada, dar razones de esa verdad. En tu boca es sencilla y clara.

La necesidad que marca toda experiencia humana, la necesidad de adquirir, de alcanzar, no caracteriza tu vida. Al menos cuando leo los Evangelios, más bien parece que recibas, que siempre recibas. Tu ser mismo es completo don de lo alto. El len-

guaje simbólico lo expresa bien: eres el que viene de arriba (Juan 3, 31). Vienes de otro lugar. Hay en tu vida una naturalidad, una inocencia, que no pueden explicarse sino de este modo. Tu origen parece sin duda distinto al nuestro. Ni siquiera los más religiosos, los más elevados, fueron nunca tan sencillos.

Cuando tengo problemas para explicarme tu nacimiento y tu resurrección, me basta con concentrar la mirada en lo que, según el Evangelio, eras incontestablemente. A partir de ahí lo que me parece difícil se sitúa. Tu persona en sí misma, tu comportamiento, manifiestan que no eres de aquí y que no puedo juzgarte según las leyes de este mundo. Tú sabes de dónde has venido y a dónde vas (Juan 8, 14). Los dos extremos de tu vida, tu venida y tu partida, los dos instantes en los que el cielo y la tierra debieron tocarse, se esclarecen a partir del centro, allí donde te veo ser y actuar.

Siendo don de lo alto, no puedes sino descender. Tienes el peso de todo gran don. Tú « bajas-te », como dice el Evangelio (Juan 6, 33 y 38) y continúas bajando. Estás en ese movimiento: bajar, encontrarte con aquellos que están en lo más bajo y que parecen inalcanzables. Así, la palabra « don » no sólo explica de dónde eres. También permite comprender a dónde vas. Vuelves hacia el Padre, de cuyo lado viniste, pero vuelves en un movimiento de don. Este retorno podría llamarse ascenso, pero en realidad sólo te encuentras con el Padre dejando que el don fluya por completo. Ante el peso de ese

amor –amor del Padre que te da a los hombres, tu propio amor que te lleva a darte– la muerte no tiene ya poder. La barrera infranqueable ha sido atravesada. Ahora podemos preguntarte adónde vas, porque un camino se ha abierto. Has vuelto al lado del Padre, y en adelante pasaremos contigo.

A menudo fuiste muy discreto sobre ti mismo. Para hablar del origen y el término de tu vida utilizaste expresiones misteriosas. Era intencionado. Era necesario que llegáramos a ti por la fe. En nosotros está ahora intuir el sentido de esa discreción.

## ¿Dónde está vuestra fe?

Si la fe no es en primer lugar adhesión a unas verdades ni sumisión a una afirmación que no puede ser verificada, entonces es esencialmente confianza, entrega de sí a otro, a su palabra o a lo que es capaz de hacer. El que cree deja de medirlo todo según su medida. No se mira a sí mismo. Se abandona.

Sin embargo, la fe dada a Cristo sólo puede crecer apoyándose en un conocimiento. A medida que avanzo, me resulta indispensable comprender mejor lo que, en principio, me había atraído hacia él y me había impulsado a otorgarle mi confianza. La palabra hebrea para confianza

se refiere no tanto a una aproximación intelectual como a una comunión de personas. Queriendo conocer a Cristo, busco pues profundizar en lo que puedo saber de él, cómo los Evangelios hablan de él y cómo los otros escritos del Nuevo Testamento lo presentan vivo.

En uno de los pasajes más personales de los que escribió (Filipenses 3, 4-11), San Pablo pasa sin dificultad de la fe de Cristo al conocimiento de Cristo. Si la fe le hace abandonar todo aquello que pudiera prevalecer para no confiarse más que a Cristo, esa fe se vuelve necesariamente conocimiento personal de Cristo, en lo concreto de la vida, conocimiento del poder de su resurrección y comunión con sus sufrimientos.

Puesto que Cristo no es una figura del pasado, y que vivir con él no tiene nada de estático, la confianza siempre será característica de la fe. Porque, una y otra vez, nos enfrentaremos a situaciones imprevisibles. La vida misma no nos permite quedarnos quietos. Pero aún más insistente, Cristo mismo nos llama a seguirle allí donde él nos precede.

Nadie puede almacenar la confianza como una provisión. Es cierto que podemos adquirir una cierta serenidad o hacer nuestras convicciones más sólidas. Podemos impregnarnos de la palabra « confianza » y repetir textos que hablen de ella. Pero la confianza que depositamos en alguien se vive siempre en camino. Ese camino nos conduce a situaciones inéditas, a menudo se vuelve impracticable, incluso puede descender a una oscuridad

donde todo apoyo sensible parece desvanecerse. Entonces sólo importa Él. Imposible mirarse todavía a uno mismo. Sólo nos queda aferrarnos a lo poco que oímos de su voz, al pequeño destello que aún discernimos de su luz. Y, en algunos momentos, la angustia puede volverse tal que ya no oigamos ni veamos nada.

¿Cómo, en situaciones así, pudo Jesús reprochar a sus discípulos su « poca fe » (Mateo 6, 30; 8, 26; 14, 31; 16, 8)? ¿Puede medirse la fe? ¿Deberían haber tenido una mayor cantidad (una mayor provisión) de confianza)? ¿En qué fue insuficiente su fe? ¿Hubiera querido él que se mostraran capaces de hacer frente o resolver la situación por sí mismos? Además, es extraño que el evangelista Mateo pusiera justo al lado, en el mismo versículo, el reproche de la « poca fe » y la promesa hecha a la « fe como un grano de mostaza » (17, 20). Si la fe en sí misma no es apenas nada, ¿cómo culpar entonces a los que tienen poca fe?

La fe de los discípulos, ¿debería haber crecido hasta el punto de poder mirar la situación desde cierta distancia para así controlarla? Pero tal actitud habría sido muy poco conforme al espíritu del Evangelio, a la confianza sencilla de los hombres y mujeres pobres. Quizás la expresión « poca fe » se refiere sobre todo a una confianza demasiado escasa, que se pararía en el camino como si hubiera ámbitos en los que no pudiéramos contar con Jesús, una confianza que habría limitado el poder de Jesús tan sólo a lo espiritual o interior, y que

no habría reconocido su presencia en el seno de la Creación o de la Historia. Los discípulos no fueron lo bastante lejos. Regresaron a lo que les parecía posible, en lugar de atreverse a avanzar sin apenas nada, sólo con Jesús. Su confianza era de miras cortas.

Guardo en mi memoria a ciertas personas que, a pesar de conocer la duda, se comprometieron con gran audacia. Supieron dar prioridad al poco de luz contenida en la fe. Esa pequeña luz tenía para ellos infinitamente más peso que los razonamientos más inteligentes que se les ofrecían. Así llegaron lejos, y nunca se detuvieron. Así pues, una fe plena puede al mismo tiempo ser una fe muy pequeña. Percibe todo lo que puede perturbarla, pero rechaza dejarse dividir limitándose a una parte de la vida. La fe descansa enteramente sobre aquel en quien cree, No tiene su fundamento en sí misma. No le tiene sino a Él. Y a Él la fe no puede fijarlo, encerrarlo, hacerlo a su propia medida. Él siempre va delante, dejándonos con la impresión de no tener suficiente fe.

Contando a su manera la historia de la tempestad calmada, San Lucas reemplaza el reproche de Jesús a sus discípulos (« ¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe? ») por una pregunta: « ¿Dónde está vuestra fe? » (Lucas 8, 25). Lucas atenúa el reproche y desearía una respuesta del lector. Me gustaría imaginarme en una situación similar y escuchar la pregunta de Jesús para mí. Me parece que no podría haber evitado responder: « Pero si

*tú eres nuestra fe* ». En nosotros falta la fe, es evidente. Nunca está a la altura del don que nos ha sido dado y nunca llega a mantenerse firme en los momentos críticos. Pero cuando tú estás ahí, creo. Tú lo asumes todo, también mi falta de fe. Tu presencia es presencia de la fe.

La historia del padre del muchacho epiléptico citada al principio de esta reflexión muestra incluso mejor hasta qué punto Jesús está cerca del que no puede creer. El padre se había acercado a Jesús diciéndole: « si algo puedes ayúdanos, compadécete de nosotros » (Marcos 9, 22). Estas palabras « si puedes », Jesús las devuelve al padre añadiendo « todo es posible para quien cree ». Prácticamente le dice al padre: « depende de ti confiar » Sin embargo, no esperó, se puso del lado del padre y cuando éste no logró creer, también esto lo cargó sobre sí. Creyó con el padre y así lo imposible sobrevino. Así pues, no debemos pensar que una fe desfalleciente se encuentra lejos de Jesús. Él mismo viene en auxilio de aquellos a quienes les cuesta creer.

## Una fe sincera

En la segunda epístola a Timoteo, san Pablo evoca el recuerdo de la fe sincera que hay en Timoteo (1, 5). Una fe sincera es literalmente una fe

no-hipócrita, una fe sin hipocresía. Se trata pues de una fe que no admite división alguna entre lo que creemos y lo que vivimos. Comprendemos que San Pablo alaba esto en Timoteo. ¿Quién no lo haría viendo a alguien que hace explícitas las consecuencias de su fe?. Por contra, rechazar ponerlas en práctica desacredita todas las palabras de la fe.

Pero puede haber también otra forma de hipocresía: utilizar la fe para lo que ésta no proporciona, buscar sobrepasarla mediante teorías más atractivas, más interesantes, más sutiles, utilizar el nombre de Cristo para causas que difieren del Evangelio. Si bien es cierto que toda fe eclosiona en una puesta en práctica y también en un conocimiento, la fe en sí misma no puede jamás ser puesta al servicio de fines interesados. Lo que la fe da queda en el orden de la fe. Se desnaturaliza desde el momento en que se convierte en ideología o gnosis.

En el plano intelectual, por ejemplo, la fe permanece en la raíz de toda reflexión. Nunca será sino una fe pobre, recibida de nuevo una y otra vez. De esa base no podemos alejarnos. Y en la esfera de la vida espiritual, las personas con mayor discernimiento no han cesado de repetir que no son los sentimientos o las experiencias extraordinarias los que garantizan la comunión con Dios; ésta se vive siempre a partir de la más sencilla apertura, puesto que sólo puede ofrecerse gratuitamente y desbordar infinitamente

lo que pudiéramos haber hecho nuestro. Como san Juan de la Cruz dice al principio de la *Subida al Monte Carmelo*: « La fe, la fe sola, es el medio más próximo y más proporcionado para la unión del alma con Dios »

Misteriosamente, es esta pobre fe, esa « fe sola » la que puede convertirse en fuente de agradecimiento. Parece muy poca cosa, y lo que ofrece tiene aparentemente muy poco efecto sobre la vida en el mundo. Y sin embargo, ¿cómo agradecer lo suficiente haber sido atraídos hacia Cristo, haber aprendido a conocerlo más personalmente y haber recibido, en cuanto le concierne, una cierta luz en el corazón? Agradecimiento pues por el don de la fe, pero agradecimiento también por el don que es Cristo en sí mismo. Porque queriendo decir lo que él mismo es, Dios no podría jamás haber ido más lejos de lo que lo ha hecho en Cristo.

Escribiendo a una iglesia – la de los Colosenses– donde se exploraban otras fuentes de certidumbre distintas de la dada por la fe, San Pablo añade de manera significativa a cada una de sus aclaraciones y de sus exhortaciones una llamada a la acción de gracias (Colosenses 1, 12; 2, 7; 3, 15; 4, 2). En efecto, incluso si se nota muy débil, la fe se fortalece manteniendo los ojos abiertos a todo aquello que nos ha sido dado, y dando gracias de manera consciente por ello.

Así pues, una fe sincera no se presenta como fe ingenua que rechace avanzar y mirar los pro-

blemas a la cara. Es sobre todo una fe que se deja llevar por el agradecimiento y que mantiene así encendida la pequeña llama depositada en el corazón. El despojo de una fe tal no tiene nada de triste o de austero, porque no es percibido como si no recibiéramos lo suficiente. Llama sobre todo a vivir siempre más y más una relación personal con Cristo, en el sentido en el que san Pablo habla a los Filipenses: « juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor » (3, 8). Si hay una felicidad en la fe – y los primeros cristianos se declaraban dichosos de creer– esta felicidad no viene sólo de las perspectivas abiertas por la fe. Está sobre todo en el conocimiento de Cristo, en una comunión concreta e íntima con él.

Es cierto, nuestra fe incluye también elementos más impersonales. El misterio de la creación y el de la presencia del Espíritu en esta creación tocan dimensiones de infinito que nos sobrepasan. En el diálogo con las religiones de la India, pero también de cara a las ciencias exactas, es importante tomar buena conciencia de esto. No obstante, el corazón de la fe será siempre el descubrimiento de Cristo, la relación con él, la mirada que busca su rostro. Los elementos más impersonales se esclarecen a partir del centro. Así, san Pablo puede situar a Cristo en relación con el universo tal y como éste ha sido creado, con todas sus dimensiones y su historia. (Colosenses 1, 15-20), y al mismo tiempo considerar sus propios sufrimientos como una manera

muy personal de entrar en comunión con la suerte que aún tiene reservada este Cristo en este mundo (Colosenses 1, 24). A partir del fuego que arde en su corazón se iluminan las perspectivas más lejanas.

## La adoración

Al final del evangelio según san Mateo, la aparición de Cristo resucitado sacude a los discípulos presentes hasta el punto que caen de rodillas ante él en un gesto de adoración. El evangelista hace notar que « algunos sin embargo dudaron » (Mateo 28, 17). En la cima del Evangelio queda claro que Dios no se impone ni fuerza a nadie. Cada uno permanece en su libertad, incluso aquel que duda.

Encontrar la duda y la adoración una junta a la otra puede ayudarnos a comprender mejor la adoración y la fe. La adoración no es lo que a menudo imaginamos, una postración forzada, como si nos encontráramos ante un poder tan superior que no pudiéramos más que ceder e inclinarnos. Tampoco se confunde con un gesto ritual que puede quedarse en algo muy exterior. Aunque se exprese preferentemente por un movimiento del cuerpo (en la Biblia: llevar la frente al suelo), viene del interior, como tan bien nos muestra el relato del ciego. Este hombre que puede por fin ver no necesita ya mirar

a Jesús, en la medida en que su curación lo ilumina por dentro y se postra (Juan 9). Tomás, tampoco él necesita ya tocar las llagas. Saberse reconocido en su duda sobrepasa toda constatación material. Lo que surge de él entonces no es sino adoración (Juan 20).

En otro lugar del Evangelio según San Juan, Jesús habla de una adoración « en espíritu y en verdad » (Juan 4, 23-24). La expresión « en Espíritu » quiere decir en primer lugar: según la naturaleza espiritual de Dios –Dios es espíritu– así pues, sin estar ligado a tal o cual lugar particular ni a tal o cual representación exterior. Pero la expresión no puede no querer decir igualmente que esta adoración esta animada desde el interior por el Espíritu, por ese Espíritu que nos armoniza interiormente con Dios. Y si « en verdad » indica seguramente una oposición a todo conocimiento todavía imperfecto concierne a Dios, no obstante no podemos excluir la idea de que en esta expresión la verdad se refiere también a aquello de lo que el ser humano está íntimamente convencido. Se trataría de una adoración auténtica que sería interiormente sentida como legítima y en nada forzada.

Sin embargo, la simple palabra « adoración » puede fácilmente llevar a creer que hay en ella algo elevado, reservado a los que tienen una fe fuerte. Una máxima de san Juan de la Cruz puede ayudar a captar mejor lo que se debe entender por adoración: « Una palabra habló el Padre, que fue su

Hijo, y ésta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma ».

El silencio de Dios representa una prueba para los que quieren creer. Es cierto que ese silencio prueba que Dios no se impone a nadie, pero para muchos Dios es excesivamente silencioso. Los que hablaron en su nombre aportaron ideas precisas y un conocimiento de su voluntad, pero no revelaron su verdadera naturaleza, ni abrieron su corazón. Para eso era necesario esperar a su Hijo. En él, Dios rompió el silencio. En él fue lo más lejos posible para expresar quién es él, y decirlo no por medio de discursos, sino mediante una vida humana como la nuestra, una vida que se da. Nunca podría haber ido más allá. Nada podría mostrar mejor quién es él desde siempre y hasta qué punto ama.

Es esa única palabra la que resuena ahora sin cesar. Dios no añade otras. La dice una y otra vez. En ese sentido, podemos decir que resuena en el silencio, sin quedar solapada por otras afirmaciones. Para captarla el alma debe habituarse a ese silencio, superar la búsqueda de respuestas rápidas o de soluciones fáciles. La palabra viene del corazón de Dios, abre su corazón y busca el nuestro, haciendo una llamada a lo que está en lo profundo de nosotros. Va de corazón a corazón.

Lo que oigo entonces, es que en Él sólo hay amor. Oiré esto una y otra vez. No importa lo lejos que pueda llegar al acercarme a Dios, jamás alcanzaré el final de esa verdad. Una y otra vez,

debo acogerla, siempre nueva, en el silencio, en un silencio que intenta encontrarse con el silencio de Dios mismo.

Comprender la venida de Jesús sobre ese trasfondo de silencio abre a la adoración. Ya el simple hecho de que el silencio haya sido roto nos conmueve. Dios no ha permanecido mudo, ha querido decir una palabra, no desde lo alto, sino dentro de una existencia como la nuestra, desde abajo. Y el contenido de esa palabra nos conmueve todavía más: ¡ese es el valor que tenemos a los ojos de Dios, ese es pues el secreto de la creación! ¡Hasta ese extremo ha llegado Dios! Y sin embargo, con qué respeto se nos dice esto. Nada se impone.

Nuestras discusiones interiores, nuestros debates de los cuales se nutre la duda parecen entonces fuera de lugar. Lo que Dios dice con la venida de Jesús – incluso aunque sólo nos llegue como un murmullo, « en el susurro de una brisa suave » (1 Reyes 19, 12)–, lo que Dios dice ahí tiene infinitamente más peso que lo que pueda salir de nuestro interior. Así somos reconocidos más profundamente de lo que nuestra propia conciencia puede alcanzar. Sólo podemos callar y abandonarnos, postrarnos.

Del mismo modo que para muchos la conciencia de tener tan sólo una fe débil no les impide actuar con una gran y audaz confianza – puesto que dan la prioridad a ese poco que les ilumina– así sucede con la adoración: la prioridad se da a lo que nos ha tocado y ha bastado para conmovernos.

Una fe consciente de su fragilidad podría fácilmente encogerse, reducirse a la medida humana. Pero esto sería ir contra la naturaleza de la fe. Está en la naturaleza de la fe tender hacia lo que todavía está más allá, hacia un encuentro, hacia la adoración.

*Traducción del francés de Rosalía Miranda*

© Ateliers et Presses de Taizé, 71250 Taizé, France  
DL 1070 - juin 2008 - ISBN 9782850402623

Achevé d'imprimer en juillet 2008 imprimerie - AB.Doc, 71100 Chalon sur Saône